

## EL ARTE DE COMPRENDER LA HISTORIA

POR

JOSÉ ORLANDIS

Catedrático de Historia del Derecho  
de la Universidad de Navarra

Procopio de Cesarea es, sin duda, la figura literaria más importante de aquel Siglo de Oro de la civilización bizantina que fue la edad del emperador Justiniano. Procopio, que cultivó con igual maestría la apología cortesana en el tratado «De las Construcciones» y el libelo político en la «Historia Secreta», hacía una juiciosa advertencia en el prefacio de la «Historia de las Guerras», su gran obra, en la que trató de ser sencillamente historiador: «El atributo fundamental de un orador debe ser la sagacidad; el de un poeta, la inventiva; el de un historiador, la verdad».

La verdad histórica tan sólo puede alcanzarse como fruto de un esfuerzo en el que ha de conjugarse la objetividad y el afán de comprender. Las crónicas medievales solían preocuparse solamente de aquélla y, así, un Gregorio de Tours, relata sin inmutarse —y también sin escandalizarse— los episodios más atroces en que fue pródiga la historia de la Francia merovingia. Los «ilustrados» del siglo XVIII —un Montesquieu, pongamos por caso— no sabían, en cambio, «historiar» sin formular a cada paso juicios críticos, cargados de negras tintas, sobre el «fanatismo» y la «crueldad» de los «tiempos oscuros», que serían para ellos todos los que siguieron al final del mundo romano clásico. Modernamente, los historiadores no se conforman con una descripción, aunque sea exhaustiva, de los hechos ni acostumbra, tampoco, a formular juicios morales acerca de ellos:

pretenden entenderlos, para comprender también así a los hombres que fueron sus protagonistas.

El esfuerzo por comprender el pasado es un noble empeño y supone, a la vez, un nuevo avance desde el punto de vista de la metodología histórica; pero no deja de tener sus riesgos. El principal de ellos es la tentación de aplicar a la historia una «clave» de validez universal y obtener, de ese modo, una determinada —y preconcebida— «versión» de la misma. La «lectura» del pasado con clave marxista ha dado lugar a la interpretación materialista de la historia, que ha estado de moda en muchos ambientes durante las últimas décadas. El materialismo pretende hallar en causas de índole económico-social la explicación unívoca e infalible de los grandes fenómenos que han determinado la dinámica de la historia humana. Estos factores habrían tenido un peso tan grande en el devenir de los siglos que la única concepción de la historia que merecería el nombre de «científica» sería aquella que les atribuyera una absoluta primacía.

Las explicaciones simplistas, de aparente validez universal, tienen el aliciente de lo fácil y dispensan, además del trabajo, siempre engorroso, de discurrir por cuenta propia. Pero la dificultad estriba —como advertía el maestro Sánchez Albornoz en su discurso sobre «Historia y libertad»— en que las soluciones simplistas no siempre resultan válidas. Es evidente que acontecimientos históricos de primer orden, como la difusión del Cristianismo, la expansión del Islam, la Reconquista o el descubrimiento de América no obedecieron a motivaciones de índole económico-social, ni se explican de modo medianamente satisfactorios por los principios del cientifismo materialista. La quiebra de la interpretación materialista de la historia, que se hace patente en cuanto se desciende del plano de los principios al terreno de las realidades concretas, sugiere la conveniencia de revisar los errores que pueda haber en sus planteamientos más elementales.

Ha ocurrido, tal vez, que la historiografía marxista, al considerar los fenómenos del pasado, no ha sabido siempre distinguir con suficiente claridad entre lo que en ellos tiene razón de causa

y razón de efecto. Las Cruzadas, por ejemplo, que fueron la mayor empresa colectiva de la Europa medieval, tuvieron en su origen un móvil tan espiritual y «poco interesado» como la liberación de Tierra Santa, en manos de los infieles; pero eso no excluye que de las Cruzadas se derivasen consecuencias económicas tan importantes como la multiplicación de las relaciones comerciales entre el Oriente y el Occidente mediterráneos. Nadie negará tampoco la importancia económica que tuvo el fenómeno de las peregrinaciones a Compostela. Pero la razón que impulsó a los peregrinos de toda Europa a caminar hasta la lejana Galicia fue el atractivo que ejercía sobre ellos el sepulcro del Apóstol: no el deseo turístico de alojarse en las hospederías o el afán de negociar en las tiendas de los comerciantes, aunque hosterías, hospitales y barrios de mercaderes surgieran a la vera del Camino de Santiago, al calor de las peregrinaciones que fueron un fenómeno esencialmente religioso y que no perdieron este carácter por el hecho de tener repercusiones económicas muy notables.

La comprensión de la historia —lo estamos viendo— es un arte difícil que exige limpia honestidad intelectual, para no dejarse aprisionar por apriorismos ni limitaciones escolásticas. Exige también un esfuerzo para entender a los protagonistas del ayer tales cual fueron, sin pretender asignarles la mentalidad de ciertos hombres de hoy ni atribuirles las motivaciones que pueden pesar en el ánimo de un materialista moderno. Tal sólo así —con honestidad y esfuerzo— el historiador se revestirá de aquel atributo de veracidad que le pedía Procopio de Cesarea y lo que escriba merecerá con justicia el nombre de historia.